

El destino en taza rota

Enma Ai

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 7° semestre

El destino es a veces tan grande y, otras, tan pequeño y predecible como para servirlo en una taza de té. Mi tía siempre repetía eso: sirve el destino en tu té de la mañana. No lo prepares con bolsitas de supermercado, sino con hierbas a granel; las plantas atrapadas pierden toda su magia.

En mis años con ella, así sucedió: tía Amalia servía el té de hierbas y luego leía los residuos de éstas en la taza. Podía decir si me iría bien en ciencias o si llovería de camino a casa.

Cuando cumplí trece, me enseñó a hacerlo e intercambiábamos tazas tras beber nuestro té. Me volví experta en interpretar cruces torcidas, lunas menguantes y ojos omnipotentes; en conocer lo nefasto y lo bueno del destino asignado. Tía Amalia estaba orgullosa, pues juraba que el don no siempre se manifestaba y que, tras la muerte de mis serios e intransigentes padres, ella me había acogido por creerme capaz.

Nuestra casa siempre olía a hierbas, corrían pequeños animales de aquí a allá; y la sala de té... ésa era oscura, con libros viejos por doquier. Para mí era normal aquella vida, pero para el resto no, y cuando ingresé a la secundaria el peso real de mis juegos de tazas se hizo contundente. Era la protegida de un espíritu maligno, juraban; la concubina de Baphomet, y por más que intentase explicar que tía Amalia era una buena mujer, nadie quería escuchar.

A los dieciséis, agradecí la muerte de mis padres, yéndose siendo yo muy joven para dolerlos de verdad, pero, sobre todo, porque me había vuelto la única compañía de tía Amalia, soltera y sin hijos en aquel pueblo pequeño e inhóspito.

Ese mismo año cambié el té por el café y procedí a aprender la obscuridad en el bagazo amargo, a lo que mi tía aseguró: “el café es para leer los demonios del destino y aceptarlos, mientras el té guarda el aroma dulce que acompaña a las tormentas”.

Dos años más transcurrieron, entre hojas, hierbas y granos. Después cartas, runas y manos, no obstante, la tradición de la mañana seguía: yo pronosticaba el destino de mi tía y ella el mío.

El día antes de mi décimo octavo otoño, sucedió: serví el té de mi tía, ella mi café, ambas en la taza favorita de la otra. Ella bebió la suya, yo le agregué leche y azúcar a la mía; sin embargo, tras el último trago, sentí un pinchazo de dolor. Separé la taza de mis labios viendo como mi sangre se mezclaba entre las figuras de café. Toqué la comisura de mi boca y sentí ardor. Observé mi taza, la porcelana estrellada en el filo y el rojo que la pintaba. Dejé el recipiente, confundida, pero el estruendo de algo al romperse me hizo volver la vista a mi tía. Su taza había caído al suelo, quebrándose, junto con el destino que contenía dentro de ella. La mujer me miraba con pasmo y se llevó la mano al pecho al estudiar mi taza ensangrentada.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas y se acercó a abrazarme.

—¿Qué pasa? —pregunté— ¿qué significa?

Ella no dijo nada, ni esa mañana, ni en las horas siguientes. Me hizo quedar en casa, para limpiar y arreglar el jardín. Me instó a darme un buen baño con aceite de rosas, jazmín y liquen. Dejó un vestido en el tocador para que yo lo usase y ella se fue a preparar la cena. Me llamó casi a la medianoche.

Bajé ataviada para un funeral, con amplias capas de satén negro y encaje sobre el corpiño ajustado. Vi todas las velas encendidas, olí las diferentes esencias en el aire. Todo era extraño, aun para mí. Fui al comedor, donde tía Amalia esperaba vestida en seda y un velo corto de la antigüedad.

—Te perderé esta noche, niña mía —anunció—. Él ha reclamado tu sangre; tu sangre en el café... —murmuró.

—¿Qué tiene que ver lo uno con lo otro?— interrogué.

—Las sombras te reclaman, niña. El destino en tu taza se quebró por su deseo. Muchas otras de la familia han sido escogidas, pero creí que te dejaría ser libre.

Me confundía tal palabrería.

—¿Las sombras? ¿Qué sombras? ¿Cómo que otras de la familia?

—Sí, las sombras bajo su mando, Él...—. La interrumpieron las campanadas de la medianoche y el fuerte golpe a la campana de la entrada.

Fui a la puerta, deseando escapar de tía Amalia, aunque fuese por un segundo.

Abrí el seguro, mas el portón se abrió solo de par en par. Un hombre estaba de pie en el umbral, ambas manos sobre el mango de una espada con brillantes rubíes. No me pude mover, aunque quisiese, y aquel ser con olor a bosque tocó mi rostro con un tacto frío pero suave, como musgo.

—He esperado por ti mucho tiempo —fue lo que dijo.

Lo miré a los ojos, haciendo acopio de fuerza, y cuando la mirada gris se fundió en la mía, me supe atrapada. Mi taza, la taza del juego de porcelana azul que usaba siempre, guardó el secreto de mi destino y, al revelarlo, se había roto, tal como el agarre de aquel ser rompería mis lazos con todo lo que conocía. Me uniría a él, a sus sombras y ya no leería el café, sino la sangre.



El trono de la bruja, Mr. Pulp.